



TRAM GRIS S/O NES

Y OTROS RELATOS

LUIS AGUILAR

Al borde de lo extraño

Si Kafka escribió “La jaula fue en busca de un pájaro, Pasti mencionó “Plantar un libro, escribir un árbol”, yo he propuesto que “El fuego apagó el agua”.

Dificultad

Estuve enamorado de una muchacha. Era una visión de belleza, pero nunca le dejé saber; no encontraba las palabras. Se casó con uno que ni terminó el colegio, pero supo decir: te quiero.

Disparidades

Soy una de las esculturas de Pericles. Viví casi sin ser mutilado por el tiempo. Tenía todo sin necesitar nada. Salí de mi mármol y no me he acostumbrado todavía al concepto de libertad.

Mirror Mirror in the Wall

Me miré en el espejo y el otro yo estaba allí esperándome. Quise marcharme, huir es una mejor palabra. Insistí en hacerlo, pero no pude. Él se cansó de observar y se fue. Dejé de ser.

27

Memorias

Algunas vacaciones yo iba a Dublín, la tierra de mi madre. El último fue diferente. Entré por casualidad a Hodges Figgis; no quería comprar nada en particular. De pronto no resistí adquirir Ulysses de James Joyce. Al pagar, me atendió una muchacha, la más bella que jamás había visto. A pesar de los años, no la he podido olvidar.

Intercambios

Mi pincel no debe ser mejor que mis ojos.
Francisco de Goya

A pesar de mi trabajo constante, soy un pintor desconocido. Cuando expongo mis cuadros, pocas personas concurren, pero sigo insistiendo. El otro día reparé en el lienzo que descansa en el caballete de mi estudio la figura de un hombre que estoy pintando. Tiene un

aire a mí, aunque no fue mi idea concebirlo de esa manera, peor pensar en un autorretrato. Ahora siento que él me pinta y que me voy transformando en otro. No obstante, percibo en la pintura que me cubre nuevas propiedades físicas y la existencia cosificada de una nueva identidad. Pero lo que no puede alcanzar el intruso es el poder y el reflejo de mi mirada.

Los relojes blandos

Observaba distraído que mi queso Camembert empezaba a fundirse. Reparar en el fenómeno de cocción me devolvió a la realidad y dejé que mis ojos cayeran en la sartén con precisión absoluta. Estaba solo y mi esposa se había ido al cine; yo me sentía hastiado, recordando cosas del pasado. El lacticio se derretía trayendo a mi memoria olores y sabores de otras distancias y tiempos. Por alguna razón insólita reparé en la fusión con el aceite y el chapoteo vigoroso que resultaba de esa unión. Visualicé un proceso mecánico desgarrador en mi mente, y en todo mi ser germinaba la visión de unos relojes en estado de gestación que resbalaban, uno de ellos por una rama desnuda. Un reloj rodaba sobre una mesa sin mayor halago. Otro se deslizaba encima de un aparente molusco gigante inmóvil, o acaso era un mantel endurecido por el engrudo. Todos tenían la forma flácida y ovalada de lo imposible. Eran de color azul y borde dorado. Al fondo, un oasis marino y un albor amarillento lejano en desuso. Luego, como signature imaginaria de lo ilógico, sin ser vistos, jugando a las escondidas, un par de bigotes encerados, puntiagudos y ridículos que echaban su hechizo en un collage críptico de lo absurdo.

Lo que está más allá de la contigüidad

Todo estaba listo para mi conferencia sobre la cuentística de Julio Cortázar. La releí varias veces y me quedé satisfecho, aunque siempre subsiste la duda de que falta o sobra algo. Me entregaron los tickets del vuelo, las reservaciones en el hotel para tres días y mis honorarios. Llegamos. Me dejaron en la puerta, subí los escalones y entré en el lobby. Nadie me recibió. El ambiente me sobrecogió y un escalofrío gratuito se pegó en mi espina dorsal. Accidentalmente, mi vista tropezó con una etiqueta con mi nombre y una tarjeta plástica que estaba en el mostrador de facturación. El número de la habitación era 103. Unas dos gradas hacia lo alto y la puerta. La introduje y una lucecilla verde trepidó. Una vez adentro, me lancé a la cama y me quedé dormido. Me marché después de ducharme. El albergue seguía deshabitado y parecía que mi presencia creaba varias sombras. Afuera, respiré más tranquilo, tomé un taxi y al pasar por la Universidad de Saratoma me impresionó su campus muy bien cuidado. Me

dirigí a la facultad de literatura. Di mi ponencia en un aula que me recordó el estilo de Gaudí. Hubo preguntas al final y cada vez que respondía, tenía la impresión de que las había contestado con calculada vaguedad. Entonces, me saltó la disyuntiva de que si estaba a un nivel de fantasía o de verdad. Además, parecía que mi cuerpo flotaba entre una continuidad de parques o me acosaba un perseguidor en una noche boca arriba. Luego, surgía a lo lejos una autopista perversamente desalineada, lo que aparentaba que venía de un final de juego de tres chicas en tránsito hacia la adolescencia y que una de ellas se empecinaba en permanecer anónima. Además, ellas estaban prestas a involucrarse en una casa tomada por las trampas infiltradas en cada vuelta de página de un relato elegido al azar por alguien que rasgaba la validez de todo en un instante caótico menos pensado y lo hacía mientras leía acariciando con la mano izquierda un sillón verde de terciopelo.

Transgresiones

A Agatha Christie

Llovía. Armando Urriaga se apeó del autobús y caminó unas seis cuadras. Llegó al edificio Telamón, subió al cuarto piso y entró en el bufete del abogado Eliseo Perales. Por no tener una cita tuvo que esperar cerca de una hora. Explicó su caso. El jurisconsulto, sin decir palabra, le dejó que hablase, solo le miraba como que le escrutara cada palabra que decía y anotase en algún rincón de su ser, todo lo que escuchaba. Acordaron en un precio. Se le iba a inculpar de dar muerte a su amiga una periodista jubilada y algo excéntrica. Varias veces expresó su inocencia y, de ser necesario, insistió con la inmediatez de su declaración. Contó cómo la conoció. Entre muchas cosas dijo que por primera vez la vio en una fiesta discutiendo con un joven y que este la dejó sola. Se acercó y se entabló una amistad. Se hizo costumbre los viernes tomar té en su departamento. Le preguntó por qué no le dijo que era casado, él contestó que nunca se dio la oportunidad de hacerlo y que su conyugue sabía de esta amistad y, lo que es más, estaba lista a testificar. Le recordó que una esposa no podía dar atestación ni a favor ni en contra. Al día siguiente fue detenido. En el juicio se examinó los detalles que determinaron el porqué era sospechoso. La empleada de la víctima le acusaba de ser un buscavidas; en una ocasión le encontró que recibía dinero. El portero del edificio no estaba de acuerdo en la hora que indicaba que había llegado. Una testigo afirmó que hacía unas semanas llegó con una jovencita a su agencia de viajes e inquiría tours costosos. Él se defendió con convicción

y pruebas, pero no sabía cómo reaccionaría el jurado. El acusador trajo a su esposa. La defensa protestó, pero el fiscal dijo que llamaba a Sofía de Roh no a la de Urriaga. Se habló de la penalidad por bigamia, engaño y perjurio. Esta también negó la hora que indicaba su conviviente al regresar a casa. Informó que le aleccionó a que mintiera, pero ella no quería, ahora, ser parte de un asesinato y estaba cansada de soportar sus infidelidades. El jurado deliberó y, a pesar de todo, fue absuelto de culpa.

Después de la libertad de Armando, Sofía en una de las salas de la Corte de Justicia al ser cuestionada por el defensor, ella le dijo que él no entendía, que fue engañado y que no le importaba ser condenada. Su marido era libre, no podía ser juzgado dos veces por el mismo crimen y ella lo adoraba. El abogado de la defensa se quedó pasmado. De seguido, Armando fue notificado que recibiría una herencia de 100.000 libras esterlinas para que se lo entregasen después de la muerte de ella. Al enterarse Sofía se llenó de felicidad. La joven que estaba con él en la agencia de viajes entró radiante y se enredó en los brazos de Armando. “Sofía confusa” pidió explicaciones y empujó a la intrusa, pero él hizo lo mismo con ella y cayó al suelo. Sus ojos desorbitados no comprendían lo que pasaba, hasta que se dio cuenta de lo patético de su situación. Se irguió con venganza, miró por todas partes hasta ubicar lo que necesitaba. Se levantó con agilidad, se acercó al guardia con furia y arranchó el revólver, se aseguró de que Armando la viera y le disparó hasta agotar la última bala. Él cayó sin vida y la novia gritaba desesperada. Botó el arma y se dirigió al policía extendiéndole las manos hecho puños.

